

en la primera página de este cuaderno las siguientes palabras:

Ya he dado calabazas á cinco novios. Esta noche le toca el turno al sexto candidato. ¿Será este el hombre destinado al fin á ser mi humilde y obediente señor y dueño?

En tal caso, que se prepare á sufrir el más severo y minucioso exámen.

Ni soy yo como mamá, ni estoy dispuesta á perder la cabeza.

26 de noviembre, á las cuatro de la tarde. No me había equivocado. Se trataba, en efecto del sexto pretendiente. Pero procedamos con orden y consignemos detalladamente lo ocurrido ayer.

Después de comer, subimos mamá y yo á vestirnos. Estuve mucho tiempo en el tocador y bajé al cabo de hora y media.

Al acercarme á la sala de confianza oí á mi padre que le decía á mamá:

--¿Crees que es preciso?

--Absolutamente indispensable. No podemos renunciar á tu presencia.

La tentación era muy grande. Me detuve y me puse á escuchar.

--Pero ¿por qué?--repuso papá.--Conozco á ese joven, á quien he visto varias veces en el Club. Una noche jugué con él al Wist. Por cierto, que no juega mal. Ayer vió á Irene á caballo y la encontró admirable. Y no tengo que intervenir en esos preliminares. Contigo y con Irene basta y sobra.

--Sin embargo, conviene que nos acompañes.

--Bueno, iré con vosotras.

No oí nada más. Esperaba el nombre del candidato y no lo pronunciaron mis padres.

Como me palpitaba con violencia el corazón, me vi precisada á permanecer en mi sitio dos ó tres minutos. Ya que nada querían decir, debía hacerme la desentendida.

No obstante, sabía algo, y algo muy importante. Pertenece al jockey, que era lo principal.

Partimos los tres en el landeau; papá triste, abatido y silencioso; mamá muy excitada, y yo impasible, al parecer; pero dominada por la más extraordinaria curiosidad. ¿Por qué aquel misterio?

A las diez y media llegamos á casa de los Mercerey. ¡Pobre papá! Se celebraba allí una velada musical, cosa muy contraria á sus gustos y aficiones. ¡Un cuarteto clásico! ¡Figurense ustedes!...

La concurrencia era escasa; unas veinte

--Si, si. Dime quien es.

--Pues es ese joven moreno que está á la izquierda, debajo del cuadro de Meissonier. No mires, porque te está mirando.

--No es el único. Los demás hacen lo mismo.

--Ya no mira. Ahora se acerca tu padre... ¡Ya está hablando con él!

--No me parece mal. La boca grande.

--No estoy conforme contigo.

--Si, mamá. Pero el conjunto no me desagrada.

--¡Y si tú supieras! Es muy rico y pertenece á una gran familia aristocrática.

--¿Y quien es en definitiva?

--El conde de Martelle-Simieuse. No mires, porque vuelve á dirigirnos la vista. Si, hija mía, es un Martelle-Simieuse, y los Martelle-Simieuse son primos de los Landry Simieuse y de los Martelle Jonzac.

Los músicos empezaron á tocar una pieza de Mozart y pusieron un dique al torrente de elocuencia de mamá. Volvimos á sentarnos y me puse á meditar muy seriamente.

--¡Condesa de Martelle-Simieuse!--pensé. ¡Mi sueño dorado! ¡Dos nombres! Preferiría ser duquesa, como es natural. Pero, ¡hay

tan pocos duques, duques de verdad, duques indiscutibles! ¡Creo que no son más que veintidós! Por lo tanto, es una quimera el pensar en ser duquesa. Me conformo, pues, con ser condesa!

¡Condesa de Martelle-Simieuse!

Los apellidos son muy sonoros y brillantes. Yo me los repetía á mi misma, sin hacer caso alguno del cuarteto de Mozart.

¿Era música de Mozart la que tocaban aquellos profesores? No lo sé á punto fijo. Lo único que puedo asegurar es que aquellos instrumentos me tocaban una deliciosa canción con el siguiente estribillo: ¡La señora condesa de Martelle Simieuse...

L. HALEVY.

AMOR Y HUMO

(Conclusión)

la escena pasaba en pleno mes de Enero--abrió los cristales para establecer una corriente de aire que disipara las emanaciones y el humo del tabaco, pero esa corriente produjo un efecto inesperado: de la brasa del cigarrillo se desprendieron algunos átomos en combustión y uno de ellos fué á acariciar



Anto de Flores — (De Fotografía)

El jefe de este puso paz á la contienda é hizo colocar á los combatientes en distintos vagones. El viaje prosiguió sin otra novedad y el comerciante de Marsella trató de olvidar ese desagradable episodio dedicando todos sus pensamientos á la linda viudita que le esperaba en Bura.

Llegó el tren á la estación y el viajero vió con sorpresa, con dulcísima sorpresa, que su novia se encontraba en el andén.

--¡Angel mio! ¿cómo has podido adivinar que yo llegaba y que habia adelantado mi viaje de tres dias?

--¡Oh!--replicó ella sonriendo--estoy yo tan asombrada de verte llegar como tú de verme aquí.

--Espero á papá y á mamá que tambien han adelantado su viaje y me telegrafiaron ayer que llegarán en este tren. Supongo que habreis hecho el viaje juntos, pero como yo os conocéis aún... ¡Ah! miralos... ahí tienen.

El negociante se volvió, vió á una pareja que abrazaban á su novia y quedó petrificado: sus presuntos futuros suegros eran los cascarrabias del vagón de fumadores.

El matrimonio no se llevó á cabo.

JUAN BUSCON.

establecimiento grafico á vapor. Convención 82

